

Sobre nuestros espacios públicos de participación

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

El triunfo revolucionario de 1959 no solo constituyó el desmantelamiento de un sistema dictatorial, sino la renovación de las esperanzas de disfrutar de un estatus nacional incluyente, en el que no tuvieran cabida la violencia, el atropello a los derechos ciudadanos y el clima de terror impuesto en los últimos años. Los cuerpos represivos del régimen derrocado habían dirigido sus acciones hacia los opositores políticos y sus distintas organizaciones; pero también habían tratado de desarticular los espacios públicos de participación y debate, como la prensa, la radio, la televisión, las instituciones culturales, las mesas redondas y los congresos, en los que pudieran manifestarse ideas revolucionarias o que de alguna manera cuestionaran aquel gobierno llegado al poder de modo ilegítimo y por medio de la fuerza. En correspondencia con esa actitud, un grupo de jóvenes batistianos en mayo de 1952 asaltó el programa radial “Universidad del Aire” en momentos en que el profesor Elías Entralgo hacía un balance crítico del cincuentenario de la República, unos meses después fue suspendido, cuando ya estaba a punto de inaugurarse, el congreso titulado Conferencia de los Españoles por la Paz, y al año siguiente fue clausurado el diario *Noticias de Hoy*, órgano de los comunistas cubanos. Con posterioridad fue decretada la censura de prensa y cerrada la Universidad de La Habana, mientras instituciones culturales como la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo eran acosadas por la policía. Hechos como estos crearon un ambiente represivo en modo alguno favorable para el pleno desarrollo de los espacios públicos de participación.

En enero de 1959 se abrió una nueva etapa caracterizada por la pluralidad, en la cual solamente no tenían cabida los elementos identificados con el régimen depuesto. La censura de prensa quedó abolida, reabrió sus puertas nuestro más importante centro docente y el movimiento editorial del país cobró una mayor fuerza. Retornaron entonces los debates políticos, culturales y filosóficos en un clima signado por la exaltación revolucionaria, pero pacífico, y volvieron a transmitirse los programas de participación “Ante la Prensa” y “Universidad del Aire”. Ya con plena posibilidad de desarrollar sus actividades, dos organizaciones de muy diferente signo político, la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, dirigida por el compositor Harold Gramatges, y la Asociación Cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura, encabezada por los ensayistas

Jorge Mañach y Raúl Roa, se trazaron nuevos programas. La primera de ellas organizó un plan de funciones de teatro y de cine y la segunda un ciclo de conferencias sobre las distintas manifestaciones de la libertad, que hubo de impartirse en el *Lyceum y Lawn Tennis Club*.

Quizás uno de los más claros ejemplos de la diversidad de voces que tuvieron la oportunidad de expresarse en aquellos momentos fue la coexistencia de tres periódicos muy diferentes: el *Diario de la Marina*, “el decano de la prensa cubana”, con una larga y sostenida trayectoria a favor de las posiciones conservadoras, *Revolución*, que respondía principalmente al espíritu multifacético y renovador que animaba al Movimiento 26 de Julio, y *Noticias de Hoy*, apegado a las directrices del comunismo soviético. En igual sentido podemos mencionar que en el año 1960 salieron impresas en La Habana, en grandes tiradas, los libros de denuncia anticomunista *La gran estafa*, de Eudocio Ravines, *La nueva clase*, de Milovan Djilas, y *Rebelión en la granja*, de George Orwell, así como las novelas del escritor soviético Aleksandr Bek *La carretera de Volokolamsk* y *Los hombres de Panfilov en la primera línea*, dirigidas a divulgar el heroísmo de los soldados de la Unión Soviética. Mientras veían la luz esos títulos tan antagónicos, el profesor Andrés Valdespino y el dirigente del Partido Socialista Popular (Comunista) Carlos Rafael Rodríguez se enfrascaban en una intensa polémica ideológica que a lo largo de varios números apareció en la revista *Bohemia*. Los suplementos semanales *Hoy Domingo* y *Lunes de Revolución* se complacían en ofrecer, respectivamente, la vida cultural en los países del campo socialista y textos de escritores franceses y de jóvenes cubanos. Para algunos la Revolución Cubana era humanista; el pensador francés Jean Paul Sartre declaraba entonces: “Lo que sorprende primero en Cuba (...) es la ausencia aparente de ideología”.

En efecto, la ausencia de ideología era aparente, pues en realidad las luchas ideológicas, tras bambalinas, iban en aumento, en similar medida que el proceso de radicales transformaciones llevado a cabo por el gobierno y las crecientes tensiones entre Estados Unidos y Cuba. En mayo de 1960 un grupo de obreros revolucionarios, inconforme con la línea editorial del *Diario de la Marina*, ocupó sus talleres e impidió que continuara imprimiéndose. A fines de dicho año desapareció también *Información* y al iniciar-

se 1961 ya toda la gran prensa cubana se hallaba bajo el control del Estado. A lo largo de aquellos años se fueron extinguiendo varias publicaciones independientes que respondían a instituciones al margen de la supervisión oficial. A mediados de 1960 había visto la luz el último número de *El Libertario*, portavoz de los anarquistas, al año siguiente se suspendieron las salidas de *La Quincena*, *La Anunciata* y otras publicaciones católicas, *Mundo Masónico*, órgano de la fraternidad, dejó de aparecer en 1962 y dos años más tarde fue acallado el mensuario impreso en mimeógrafo *Voz Proletaria*, medio de expresión de los trotskistas cubanos. Como podrá apreciarse, el canto coral se había reducido al mínimo, los espacios públicos de participación y debate habían sido constreñidos y sólo sobresalía una sola voz.

Algo similar ocurrió en el terreno de las instituciones

culturales. Se ha insistido, no sin razón, que en 1959 fueron fundadas dos entidades que a lo largo de varias décadas han desempeñado un papel sumamente importante en el desarrollo de la cultura nacional: la Casa de las Américas y el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). A esos organismos se sumó en 1961 la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), que igualmente ha servido a la cultura y con sus altibajos y sus momentos de acertada o desafortunada función ha sido un espacio para la participación pública y el debate. Sin embargo, al exaltar esos alumbramientos por lo general se olvida ofrecer la historia completa y añadir también que durante esos años desaparecieron, tras una larga vida y un innegable servicio a la cultura, instituciones como la Sociedad

Económica de Amigos del País, la Academia Nacional de Artes y Letras, la Academia de la Historia de Cuba y la Sociedad Cubana de Filosofía, mientras otras de no menor importancia, entre ellas la Academia Cubana de la Lengua, *el Lyceum* y *Lawn Tennis Club* y el *Ateneo de La Habana*, eran arrinconados. Para un completo balance de las ganancias y las pérdidas no puede ser obviada esta realidad, pues esas entidades constituían espacios culturales que dejaron de existir o debieron enfrentar numerosas limitaciones. De igual modo, debería consignarse también la intervención en aquel tiempo por parte del Estado de importantes sociedades regionales españolas, entre ellas el Centro Gallego y el Centro Asturiano, así como de asociaciones de cubanos negros como el Club Atenas y la Unión Fraternal. Si bien estos no eran organismos culturales, sino sociales, en sus respectivas sedes se ofrecían conferencias, se desarrollaban debates y existían espacios públicos de participación.

El anuncio del carácter socialista de la Revolución, el completo control estatal



... polémicas sostenidas entre el presidente del ICAIC, Alfredo Guevara, y el viejo dirigente comunista Blas Roca, en 1963, entre el Comandante Ernesto Guevara y el Ministro-Presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, Carlos Rafael Rodríguez, publicada en la revista *Cuba Socialista* en 1964...

sobre todos los medios importantes de producción y el establecimiento a nivel económico, social, cultural y educacional de un sistema organizativo de carácter comunista llevó a que quedaran sin posibilidad de expresarse las ideas contrarias al ideario socialista establecido y, por otra parte, aquellas que, sin oponerse al mismo, resultaban diferentes y se inclinaban a favor de otros conceptos ideológicos o filosóficos, apenas tuvieron margen para salir a la luz. El debate continuaba; pero ahora sólo dentro del marco de la lealtad a los principios revolucionarios, entre compañeros que podían discrepar en cuanto a matices o tácticas, pero que compartían un mismo proyecto. Así se hizo evidente en las polémicas sostenidas entre el presidente del ICAIC, Alfredo Guevara, y el viejo dirigente comunista Blas Roca, en 1963, entre el Comandante Ernesto Guevara y el Ministro-Presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, Carlos Rafael Rodríguez, publicada en la revista *Cuba Socialista* en 1964, así como en otra contienda mucho más agresiva entre los jóvenes escritores Ana María Simo y Jesús Díaz, que fue divulgada en *La Gaceta de Cuba* en 1966. Aún quedaban espacios públicos para el intercambio de criterios, mas las autoridades parecían favorecer otros de menos realce intelectual: las asambleas sindicales y las reuniones de los Comités de Defensa de la Revolución o de la Federación de Mujeres Cubanas.

Mientras tanto el tiempo obraba a favor de los sectores más dogmáticos y sectarios de las fuerzas revolucionarias en el poder. Viejos militantes del PSP y herederos de las doctrinas del más rancio estalinismo iban ganando terreno y bajo el ropaje de una defensa cerrada del proyecto social que se creía construir inculcaban una actitud de intransigencia y de intolerancia ante todo lo que considerasen diversionismo ideológico, rezagos del pasado, manifestaciones liberaloides, desviaciones sexuales, expresiones de religiosidad, blandenguería y pesimismo. En el orden estético se propugnaban los parámetros del realismo socialista como la regla de oro para la creación artística y literaria y ante la cultura, el arte y la vida, en general, se establecía una visión maniquea: se estaba a favor de la Revolución o se estaba, por acción u omisión, en su contra.

En 1968, desde las páginas de la revista *Verde Olivo*, órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, un autor oculto tras el seudónimo aún no esclarecido de Leopoldo Ávila, que muchos le atribuyen al poeta Luis Pavón Tamayo, comenzó a lanzar descalificaciones políticas a toda una serie de escritores cubanos: Heberto Padilla, Virgilio Piñera, Antón Arrufat, José Triana... En esta ocasión, sin embargo, los autores agraviados no pudieron contar con un espacio para responder esas tachas, que conllevaban una grave inculpación. Ya entonces muchas puertas habían sido cerradas y las autoridades daban muestras de no ser partidarias de intercambios de criterios y polémicas, aunque fuesen entre camaradas. La verdad, monda y lironda, bajaba de las alturas para el consumo directo de la ciudadanía. Nada había que analizar ni debatir. La detención del poe-

ta Heberto Padilla en marzo de 1971, su autoinculpación pública en la sede de la UNEAC y las conclusiones del Congreso de Educación y Cultura demostraron que el carril se había reducido aún más y que la línea a seguir se había hecho más delgada.

Resulta incongruente que en el período 1961 – 1966, marcado por la batalla de Playa Girón, la Crisis de Octubre, la amenaza de una invasión directa por parte de Estados Unidos, los grupos de alzados en el Escambray, sabotajes y la hostilidad de algunos gobiernos latinoamericanos contra Cuba, existiera un clima ideológico menos rígido e inquisitorial, capaz de aceptar la exposición de criterios diferentes, como las polémicas ya citadas en líneas anteriores, y sin embargo en la década de los 70, cuando el gobierno se había consolidado por completo en el poder, habían desaparecido las más peligrosas amenazas de agresión externa y se contaba con el respaldo de todo el campo socialista, fuera suprimido ese ambiente tan necesario para el desarrollo de cualquier sociedad.

¿Cómo puede explicarse aquel desfavorable cambio? A nuestro entender, porque simplemente el pensamiento rígido, inspirado en un fundamentalismo marxista-leninista que bebe de las enseñanzas del estalinismo, había ganado la batalla. En agosto de 1971 fue suprimida la publicación de la valiosa revista *Pensamiento Crítico* – cuyo título, por sí solo, de seguro despertaría mucha preocupación entre los burócratas – y en el siguiente mes de noviembre fue desmantelado el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, cuyos integrantes daban muestras de inquietudes intelectuales no afines a las estrictas orientaciones ideológicas. Había llegado un momento lamentable para la cultura cubana; un grupo considerable de escritores, teatristas y artistas fue silenciado y algunos fueron enviados a realizar duras labores manuales, disminuyó el número de publicaciones impresas, se ensalzaron las obras por su contenido político y no por su calidad estética, reinó la mediocridad, las instituciones culturales entraron en un letargo y se impuso un ambiente general de sospechas mutuas y de recelos. Los espacios públicos de participación casi se evaporaron. Fue el período conocido por Quinquenio Gris (1971 – 1976), durante el cual Luis Pavón estuvo al frente del Consejo Nacional de Cultura. Hoy nadie duda que aquella fue una de las etapas más deplorables de la cultura cubana.

Con posterioridad el Ministerio de Cultura, creado en 1976, intentó deshacer paulatinamente aquel gran entuerto, resanar heridas, convocar a los escritores y artistas que habían sufrido marginación, renovar el ambiente creador y abrir nuevos espacios de participación. Pero probado está que un movimiento cultural, sensible a ser desarticulado en un par de días, demora, sin embargo, largo tiempo en constituirse y afincarse. Aquella reparación llegó muy tarde para algunos – José Lezama Lima y Virgilio Piñera ya habían muerto, José Triana, Heberto Padilla y Belkis Cuza

Malé habían partido al exilio -, mas para otros significó la posibilidad de intentar la recuperación de los años perdidos. Los dogmáticos, obligados a replegarse, continuaron en las sombras con su ejercicio de cerrar espacios, torpedear iniciativas, hacer descalificaciones personales. De modo particular pretendieron controlar el campo de las ideas, el pensamiento social y la literatura. Quizás por ese “descuido” suyo fue en los ámbitos de las artes plásticas y del teatro donde a partir de mediados de la década del 80 se lanzaron las más atrevidas experimentaciones conceptuales y estéticas, por medio de exposiciones colectivas e individuales, *performances*, acciones plásticas y funciones en casas particulares, casi sin excepción con jóvenes creadores como protagonistas. Fueron estos unos espacios inesperados que se abrieron para poco después, a raíz de la emigración masiva de los años 90, volver a cerrarse. La crisis económica que se viene arrastrando desde entonces, con las limitaciones inevitables que le ha impuesto a nuestro mundo cultural, no ha sido nada favorable para la creación artística y el buen funcionamiento de los espacios de participación pública, al margen de que no se observe una voluntad oficial de promoverlos, así como tampoco que surja una cultura de debate.

Para frenar esas iniciativas muchas veces se apela a los mismos argumentos ya denunciados hace medio siglo por el profesor Luis Aguilar León en su artículo “El dilema”, que reproducimos en nuestro número anterior: este no es el momento de la crítica, o esa crítica le concede armas al enemigo, o hay que mantener como un principio la unidad y la disciplina... Todo indica que aquellas razones aparentemente momentáneas y coyunturales en realidad eran permanentes. En otras ocasiones el debate es visto como la nefasta posibilidad de un cisma ideológico, de una corriente que puede desembocar en el cuestionamiento a los más altos dirigentes y a que se ponga en duda el proyecto socialista. ¿Cuáles son entonces las respuestas que se toman?: ocultar la información, diluir las críticas, aplacar los debates, limitar los espacios públicos de participación, crear zonas de silencio y barrer los problemas para debajo de la alfombra.

Esa táctica ha servido para empobrecer durante largo tiempo nuestro universo ideológico y filosófico y no ha contribuido a la dinámica de la reflexión, la dialéctica y al flujo de las diversas corrientes de pensamiento contemporáneo o de las problemáticas de la literatura, del teatro o de las artes plásticas cubanas. Más como excepciones que como frecuentes conquistas pueden citarse los espacios públicos de participación establecidos por las revistas habaneras *Temas* y *Criterios*, dignos de mención; pero que consideramos representativos de la iniciativa y la perseverancia de una o de varias personas y no el resultado de una permanente política oficial.

Acerca de la necesidad de esos espacios dio muestras en enero de 2007 la llamada “guerrita de los E-Mails”,

cuando estalló una ola de protestas con motivo de la aparición en varios programas televisivos de altos dirigentes del aparato cultural durante el Quinquenio Gris. Los numerosos comentarios provocados por ese hecho tuvieron que hacerse a través del correo electrónico y ni la prensa ni la radio se hicieron eco de aquel acontecimiento que estremeció a la comunidad cultural cubana, tanto la que reside en el país como en el extranjero. Aquel vacío trató de inmediato de ser llenado por el ensayista Desiderio Navarro, quien en calidad de director del Centro Teórico Cultural Criterios organizó un ciclo de conferencias para analizar y debatir la política cultural de la etapa revolucionaria, en general, y de modo particular los cinco años en que Luis Pavón estuvo al frente del Consejo Nacional de Cultura.

En la época actual, ¿puede hablarse de una cultura verdaderamente viva y dinámica sin que existan espacios públicos de información, participación y debate, en el cual fluyan ideas y estéticas diversas y prevalezca un marco de tolerancia adecuado para la exposición y la confrontación de criterios, en un clima civilizado, de respeto al otro? La vida cultural está conformada por algo más que una excelente compañía de danza, un eficaz movimiento editorial, varios intérpretes geniales de piano o de tumbadora y numerosos paisajistas o retratistas; la integran también, de un modo no menos importante, esos espacios públicos que sirven para ampliar y profundizar conocimientos, intercambiar ideas y acercarse a la verdad. A nivel mundial hoy esos espacios se han ampliado con las enormes posibilidades que brinda el acceso libre a Internet, los blogs, las páginas webs, el ciber-espacio, en general, y, como demostró la “guerrita de los E-Mails”, el correo electrónico.

Las ideas, cuando son válidas, resisten el proceso de cuestionamiento y salen airosas de los intentos de descalificación; lejos de debilitarse, se fortalecen en el terreno de los debates, soportan el paso del tiempo y siguen adelante a pesar de los obstáculos que se le presentan. Cuando se tiene verdadera fe en una idea no debe existir el temor a confrontarla en la arena pública.

